

Cajas de vida: paisajes que nos narran

Una ecografía, una zapatilla vieja, un deseo, un temor. Todo cabe en las cajas de vida que los niños y niñas llenan y luego comparten con el grupo para conocerse y reconocerse mejor. Sus vivencias personales se mezclan las unas con las otras y con las indagaciones que llevan a cabo a partir de los interrogantes que generan.



Los objetos son como relatos íntimos que comparten unos con otros.

“Los seres humanos somos organismos contadores de historias, organismos que, individual y socialmente, vivimos vidas relatadas”

(Connelly y Clandinin, 1995, p. 11)

MARISOL ANGUITA

Maestra de Educación Infantil en la Escola Pública Serralavella, de Ullastrell (Barcelona).

Integrante de los grupos “La perspectiva educativa de los proyectos de trabajo” y “Cultura matemática de las personas”.

Maria, de 4 años, enseña objetos nuevos de su caja de vida. Son sus secretos, y decide compartirlos porque los secretos, dice, “solo se cuentan a los amigos” y “vosotros sois mis amigos”. Maria convierte así ese “voso-

tros” en un “nosotros” que importa, un “nosotros” que nos importa. Porque en esta clase de Educación Infantil de la Escola Pública Serralavella, de Ullastrell, todos los niños y niñas abren, muestran y comparten su caja de vida. En ella van

recogiendo, a modo de tesoro, huellas de diferentes momentos vividos que sirven para darse a conocer y para conocer mejor a los demás.

En esas cajas guardamos zapatos de cuando éramos pequeños, nuestro chupete preferido, nuestras ecografías, la pinza del ombligo, fotos de nuestra primera sonrisa, de la primera vez que fuimos al mar, de nuestros abuelos y abuelas ayudándonos a caminar... Aparece también la historia de nuestro nombre, de por qué nos lo pusieron, de nuestro primer biberón, de la música que escuchamos antes de ir a dormir o del misterio cambiante de la barriga que nos guardó durante nueve meses.

Compartir estas historias de vida nos permite ir tejiendo lazos entre nuestras subjetividades, nos invita a reconocernos y a involucrarnos en las vidas de los otros.

Abriendo grietas en el mundo

Hace años que acompaño a grupos de Educación Infantil, desde la posibilidad de regalarnos espacios y tiempos, para ser en compañía. Hace años, también, que comparto con otras docentes cómplices cómo repensar la escuela. Nos dejamos sentir, a menudo desde el margen, que otra escuela es posible: una escuela en la que podamos compartir nuestras vidas relatadas.

En el aula que habito nos pensamos en compañía y nos relatamos como una forma de proyectarnos al mundo. Vamos creando nuestro propio relato, el que nos representa y habla de nosotros. En ese deseo de relatarlos, hablo desde una posición apasionada, como maestra que acompaña, que da pistas, que posibilita, que provoca, que regala mediadores que nos ayuden a repensar(nos) y a generar vida real, no tanto para pescar la realidad, sino para crear nuestras propias historias sobre ella.

Las cajas de vida median, con esta forma de habitar nuestros saberes, desde el deseo de crear un relato que nos ayude a comprender el mundo y a comprendernos. Desde hace años formo parte del grupo "La perspectiva educativa de los proyectos de trabajo", en el que, desde una visión integradora, intentamos reinventar la escuela, reinventándonos, tejiendo redes como forma de transitar por la complejidad, dejándonos sentir que convertir nuestras vidas de aula en proyectos comparti-

Otras cajas

Las cajas de vida nacen por la influencia de unas compañeras del grupo "La perspectiva educativa de los proyectos de trabajo", de la escuela Isabel de Villena, de Esplugues de Llobregat (Barcelona), que en unas jornadas explican cómo generan con niños y niñas de 5 años unas cajas de final de viaje. Esos cofres tienen la intención de despedida; dicen adiós a un ciclo de su vida y recogen los momentos más significativos de su mundo, intentando dejar huella de su tránsito por los saberes, por las emociones que han teñido su camino en esos tres años. Carme Isalt, una de las maestras que las impulsa, me cuenta que las cajas son cambiantes, fluidas y diversas, como los deseos de cambio de las personas que las hemos ido repensando.

Por otro lado, Montse Ventura, como asesora en una *escola bressol* (escuela infantil) llamada Bip, acompaña otra experiencia con cajas, en las que los niños y niñas van relatando sus historias de vida recién estrenada, a través de diferentes rastros recopilados. Esta experiencia, que yo desconozco cuando empiezo a crear en mi aula las cajas de vida, se entrelaza con mis intenciones, que caminan de la mano en un mismo marco de significado.

dos tiene que ver con autorizarnos a narrar nuestras propias historias. La perspectiva educativa de los proyectos de trabajo ve la aparición de las cajas de vida como una de las formas de narrarnos. Desde ese punto de vista, compartimos las ganas de transitar por la construcción de una historia, como forma de pensamiento y de expresión del mundo, que intente dar cuenta, como dice Bruner (1997, p. 112), de cómo nos constituimos en relatos: "Es a través de nuestras propias narraciones como principalmente construimos una versión de nosotros mismos y el mundo, y es a través de sus narraciones como una cultura ofrece modelos de identidad y acción a sus miembros" (Bruner, 1997, p.15).

Las cajas de vida nacen así, de la voluntad de que ejerzan de mediadoras, nos ayuden a descubrirnos, a enamorarnos los unos de los otros y nos permitan relatarlos, contagiándonos del deseo de mirarnos en otras vidas.

La idea de utilizar las cajas de vida emerge hace nueve años al empezar la travesía con un grupo de niños y niñas de 3 años: la clase de los caballeros que matan monstruos. Yo inicio mi andadura en un centro que transita por el deseo de cambio e innovación, entonces incipiente: la escuela Serralavella. Empezamos a caminar y el grupo se manifiesta como especialmente diverso, con una diversidad rica que a la vez genera desconcierto, dificultad para convivir y para descubrir al otro como di-

ferente. Surge la necesidad de buscar maneras de aproximarnos, de descubrirnos desde nuestras subjetividades, para poder convivir en un nosotros cómplice. Seguramente, siento ahora, también emerge el deseo de saber más de mí, de no silenciar mi voz docente, de hacerla sonar al lado de las de los niños y niñas, generando nuevas historias entrelazadas.

Desde el principio imagino las cajas de vida como contenedoras de nuestros paisajes de ser, cambiantes. No desde la idea de generar una actividad, sino desde el deseo de provocar una situación rica que nos permita (re)conocernos y, a la vez, ser reconocidos.

No nacen desde el activismo, ya que, desde nuestra perspectiva, hace tiempo que intentamos pensar la vida en la escuela más allá de los tiempos de actividad que encorsetan las formas de actuar. Intentamos pensar en hilar procesos, pensamos en ir tejiendo una trama de la vida que permita que aulas complejas se reinventen en el vivir.

Desde ahí, no otorgamos a las experiencias que nos regalan las cajas un protagonismo puntual, colocado en el horario, sino que esas experiencias impregnan tiempos y espacios y dejan huellas, rastros que nos contaminan mirándonos profundamente. No son una actividad cerrada, repetitiva, monótona; nada más lejos de la idea de estrategia compleja de la que emergen.

Primero cultivamos el deseo de la creación de las cajas. Luego empezamos a montar esos contenedores de nuestros relatos íntimos. Las decoramos y personalizamos juntos, y compartimos qué podemos poner dentro que hable de nosotros y nos sirva de puente para conocernos mejor. Y luego, cuando están listas, los niños y niñas las llevan a casa, e invitamos a las familias a influir en su preparación, a pensarlas juntos en complicidad, dedicando el tiempo que haga falta a compartir qué irá a parar allí y el sentido que tiene. Después aterrizan en el aula para ir las relatando, y en verano vuelven a casa para repensarlas de nuevo, aunque cualquier momento es bueno para hacerlas crecer. Mi caja de vida, por descontado, también está entre las del alumnado, puesto que pretendo que mi biografía esté presente en el aula, como una más.

Cuando las contamos, nos pensamos, vamos espejándonos en los ojos de otras personas, repensando así quiénes somos. A la vez, vamos construyendo una historia polifónica, hecha de nuestras voces y sus ecos, que se reinventan en ese vivir resonado. Y las cajas van creciendo a medida que va creciendo nuestra historia.

A lo largo de los tres cursos de Educación Infantil, las vamos revisando, pensamos qué nos conmueve y nos moviliza en

cada momento. Compartimos cómo actualizarlas con propuestas vinculadas a los cambios que se dan en nuestras vidas: un nacimiento en la familia, una habitación nueva, un viaje o nuevos intereses que queremos narrar.

Nos colamos en algunas cajas

Leo uno de los secretos que Maria saca de su caja. Dice que querría ser un bebé para jugar con Júlia, su hermana que acaba de nacer, para hacer cosas con ella. Algunos niños, sorprendidos, le preguntan por qué quiere ser un bebé, ellos prefieren ser mayores. Ella nos cuenta que le gustaría que su madre la tratase como a un bebé, igual que a Júlia...

Leemos otro secreto de Maria. Dice que a Júlia le gustan mucho sus collares y que lo sabe porque cuando los ve hace "¡Uh, uh!". Nos preguntamos por qué lo hace y Maria lo explica así: "Es como un hombre primitivo, porque todavía no sabe hablar". Y Pol añade entusiasmado: "¡Es verdad, primero nosotros somos como hombres primitivos!".

Maria ha encontrado, narrándose, una vía para canalizar sus inquietudes, los celos por el nacimiento de su hermana. Mientras dialoga, su voz se entretiene con otras vo-

ces, con otros misterios que estamos indagando, como el de la evolución humana. Se hilan en la conversación nuevas ideas que nos regalan otras situaciones y nuevos interrogantes. Empezamos a relacionar cómo somos al nacer y cómo vamos cambiando, descubrimos así formas distintas de evolucionar, y otros itinerarios de investigación se enriquecen de esas miradas.

Maria encuentra la ecografía de cuando Júlia estaba en la barriga de su madre con el número de centímetros que medía entonces. Se da cuenta de que ahora su hermana ya debe de ser mucho más alta, pues ha nacido hace algunos días. Entonces le pedimos que lo investigue y se lleva un metro del aula. Esa nueva indagación nos invita a compararnos para ir más allá en nuestros descubrimientos, a repensar esos números que hablan de lo altos que somos y que son cambiantes como nuestro crecimiento.

Al cabo de unos días, Maria comparte con nosotros cuánto mide ahora Júlia y qué ha hecho para saberlo. A partir de su experiencia, la fiebre por medir personas importantes en nuestras vidas se instala en el aula. Queremos saber cuánto miden nuestros hermanos, primos y nosotros mismos, y queremos descubrir otros números que nos narran, como el de nuestros zapatos, nuestra puerta o la edad de nues-



Las cajas contienen secretos y a través de ellos hacen pequeños descubrimientos.

Mediar con nuestro mundo, regalarnos relatos íntimos

Me gusta decir que buscamos mediadores a modo de ventanas que nos regalen nuevos paisajes en los que confluyan nuestros deseos, nuestros misterios y nuestros intereses. Donde se aúnen nuestros roles investigadores, que nos inviten a avanzar de la mano, donde podamos ser y crecer en esa vida relacional.

Nos regalamos un aula como lugar de encuentro, donde el colectivo de narradores se sienta en círculo para hablar, para escuchar, para compartir, para tomar decisiones, para ser. Mi intención en este camino es la de ir coreografiando esa vida compartida que se hace y se deshace. Doy una parte, de la mano de diversos mediadores, y la otra se opera en la vida, en el hacer y en el vivir del colectivo.

En esta vida compartida pongo en juego unos mediadores como facilitadores del acceso al conocimiento; median la comunicación, nos involucran y nos acompañan en nuestros procesos. No me refiero únicamente a las cajas de vida. En nuestra aula conviven otros mediadores muy reveladores para nuestros acercamientos, como el baúl de las sorpresas, las cajas de tesoros del verano, las noticias... Pero ese es un cuento que contaremos en otra ocasión.

tros abuelos. Ahí resuena un día Àlex, que me dice, descubriendo la edad de su abuelo, 70 años, y la mía, 39: "Pero mi abuelo tiene más que tú", como una competición de años en la que tener más suena a experiencia larga y rica. Vamos así descubriendo cuáles son los números de decir "mucho" y "poco", que descubrimos como distintos en función del tema del que estemos hablando.

La cinta métrica entra en nuestro mundo narrativo, nos narra y nos ayuda a hacer nuevas relaciones entre los saberes, a la vez que nos ayuda a ofrecer a María una situación de bienestar, de validación de su voz, en la que ella encuentra una situación de intimidad con su madre que la lleva a entender algo más a Júlia y, a la vez, a comprenderse y sentirse reconocida ella misma.

Otra caja de la clase de los ratones de la paz nos regala hablar de los misterios del nacer, a través del relato de Biel y Arnau, dos mellizos que acaban de llegar al aula de 5 años, y cuyas cajas de vida nos permiten conocerlos un poco más. De su relato surge el deseo de saber cómo estaban colocados en la barriga. Montse, su madre, viene a contarnos, con ecografías, fotos y otros documentos, cómo empezó todo en la vida de estos hermanos. A la vez, nos ayuda a comprender más sobre otras indagaciones de este grupo, como lo de esos bichos que los padres ponen

en las madres para tener hijos, que, según Aleix, se llaman "espermatohuevos", o cómo comemos cuando estamos en la barriga y otros enigmas... Vamos así tejiendo nuestras preguntas sobre quiénes somos, nos vamos descubriendo y vinculándonos a nuestra trama de comprender.

Trenzando nuestras historias de vida

"Cuando vivimos, las cosas nos pasan; pero cuando contamos, las hacemos pasar; y es precisamente en ese llevar las riendas el propio sujeto donde radica la esencia de toda narración", escribe Carmen Martín Gaité (1982, p. 22). En los años que llevamos tejiendo nuestros paisajes de vida hemos ido cosiendo historias, hiladas con intensidad, que nos han permitido, desde aquel primer grupo, compartir nuestras vidas relatadas, intentando siempre llevar las riendas.

Cuando empieza a caminar un nuevo grupo aprovechamos las vivencias de otros para contagiarnos. Así, ya con 11 años, María acude conmigo invitada a un aula de 3 años que quiere empezar a crear sus propias cajas. Nosotras dos narramos las nuestras para que los nuevos viajeros se aventuren a hacer las suyas, como generadoras de nuevos relatos. Cuando María revisa qué quiere contar, se encuentra una

sorpresa; descubre una nota de su hermano mayor, Marc, con el que ahora tiene mucha rivalidad, y que con 5 años le escribió: "María, te quiero mucho".

Cuando María tenía 5 años nos dijo que ella no quería nacer, que quería estar siempre en la barriga de su madre, para estar muy calentita y tenerla solo para ella. Otras veces se piensan en ese deseo: Andrea nos cuenta que ella sí quería nacer. "Si no hubiera nacido, no habría conocido el buen corazón que tiene mi padre". Como cuando hay puesta de sol y Manel, el padre, prepara las sillas para toda la familia y los llama: "¡Familia, puesta de sol!". En momentos como esos, Andrea descubre que sí quería nacer y su eco hace que María también se piense.

Con el grupo de los leones y leonas de 3 años surge el deseo de conocer a mi madre y a mi hermana. Al mostrar mi caja de vida les sorprende mucho descubrir que yo también fui pequeña y que tenía un padre y una madre. Hemos compartido una historia bastante mágica de la mano de una falda guardada en mi caja. Es una falda un tanto especial, heredada de mi hermana Yolanda, porque le salvó la vida cuando se cayó, con 2 años, por una claraboya: la falda hizo de paracaídas inflándose y ayudándola a descender desde una altura de tres pisos. Después, yo también llevé la falda milagrosa y, ahora, descansa en mi caja de vida. Cuando la nuestro al grupo surge el deseo de conocer a esa niña, y también a mi madre, por la curiosidad que despierta el hecho de que yo tenga madre.

Mi madre y mi hermana vienen de visita al aula y se crea una situación de gran complicidad. De pronto, asoma una voz que le pregunta a Yolanda: "Oye, ¿dónde está la niña de la falda?". "La niña de la falda soy yo...", responde mi hermana ya crecida.

Mi madre muestra su rodilla operada, operación que el grupo conoce por los días que yo la acompañé en el hospital, y que siguieron conmigo. Su prótesis nos lleva a hablar del cuerpo por dentro, de huesos, del esqueleto y sus funciones, y nos regala nuevas rutas. Dame hilo, toma hilo; se mezclan las historias, cosidas con hilos finos.

Otro día les explico que de pequeña era una niña muy miedosa. Me daba mucho miedo la oscuridad y subir al tren de la bruja, donde alguien acechante te pegaba con una escoba a la que te descuidabas. Mi relato los autoriza a tener miedo y, so-



JUANJO LÓPEZ

La caja de vida de la maestra también es importante: para hablar de lo que contiene, deciden invitar a clase a su madre y a su hermana.

bre todo, a contarlo. Nuestros temores se hilan con primor, aireándose. El grupo empieza a pensar cómo ayudarme a perder el miedo, y de esa forma se ayuda a mirar los suyos de frente. Isabel, de 5 años, cuenta que ha encontrado un tren de la bruja ideal para mí, porque cuando ella se subió no le dio nada de miedo. Nos organizamos con las familias y nos vamos al parque de atracciones del Tibidabo con la excusa de montarnos en ese tren. En esta aventura, repensamos nuestros miedos danzantes y compartimos la emoción de influirnos en nuestros cambios, de ser valientes o cobardes en compañía.

Un día, mientras grabamos algunas de las escenas de presentación de cajas de vida, para recopilar los relatos, Marcel nos enseña una zapatilla vieja que es su preferida, y una foto en la que aparece desnudo, en bicicleta, junto a Manel, el de las puestas de sol. El hermano de Andrea responde a las preguntas de por qué va desnudo: "¡Ah! Es que yo soy feliz y libre...". Su deseo de fluidez hace eco en cada uno de nosotros.

Entre todas estas vidas cosidas con intensidad nos vamos componiendo desde lo que nos toca, lo que nos conmueve y nos resuena a cada uno, vamos dejándonos sentir: eso también habla de mí.

Hay momentos en que compartimos la caja de cada persona de manera ritualizada, hacemos preguntas y vamos tejiendo y relacionando otros relatos. A veces surgen preguntas que nos llevan a nuevos parajes,

otras, nos quedamos unos días indagando más sobre una historia, otras veces nos regalamos espacios de intimidad en que cada uno comparte su cofre con quien más le apetece. Y ahí andamos enhebrando y desenhebrando, tejiendo y destejiendo nuestros hilos entrelazados. Nos vamos regalando, así, formas distintas de mirar nuestros relatos. Tú me devuelves lo que interpretas que te estoy contando, repensado. Vamos así paseando por nuestra memoria, tejiendo y destejiendo un cuento que es el nuestro, y que se reinventa en compañía, a modo de cuento de nunca acabar.

para saber más

- ▶ Bruner, Jerome (1997): *La educación, puerta de la cultura*. Madrid: Visor.
- ▶ Connelly, F. Michael; Clandinin, D. Jean (1995): "Relatos de experiencia e investigación narrativa", en Larrosa, Jorge y otros: *Déjame que te cuente: ensayos sobre narrativa y educación*. Barcelona: Laertes, pp. 11-59.
- ▶ Martín Gaité, Carmen (1974): *Retahílas*. Barcelona: Destino.
- ▶ — (1982): *La búsqueda de interlocutor y otras búsquedas*. Barcelona: Destino.
- ▶ — (2009): *El cuento de nunca acabar*. Madrid: Siruela.